

El progreso del Peregrino (VII)

Continuación

Su semblante revelaba profunda tristeza; sus ojos estaban fijos en la tierra; sus manos cruzadas, al mismo tiempo que profundos suspiros y gemidos indicaban la tortura de su corazón.

— ¿Qué es esto? -dijo asombrado Cristiano.

— Pregúntaselo a él mismo, -le respondió Intérprete.

CRISTIANO - ¿Quién eres tú?

ENJAULADO - ¡Ah! En otro tiempo hice profesión de cristiano, y prosperaba y florecía a mis propios ojos y a los ojos de los demás. Me creía destinado a la Ciudad Celestial, y esta idea me llenaba de grande regocijo. Pero ahora soy una criatura de desesperación; encerrado en esta jaula de hierro, no puedo salir, ¡ay de mí!, no puedo salir.

CRISTIANO - Pero ¿cómo has llegado a este estado tan miserable?

ENJAULADO. - Dejé de velar y de ser sobrio, solté la rienda a mis pasiones, pequé contra lo que clara y expresamente manda la palabra y bondad del Señor; entristé al Espíritu Santo, y éste se ha retirado; tenté al Diablo, y vino a mí; provoqué la ira de Dios, y el Señor me ha abandonado; mi corazón se ha endurecido de tal manera, que ya no puedo arrepentirme.

CRISTIANO - ¿Pero no hay remedio ni esperanza para ti? ¿Habrás de estar encerrado siempre en esa férrea jaula de desesperación? ¿No es infinitamente misericordioso el Hijo bendito del Señor?

ENJAULADO. - He perdido toda esperanza. He crucificado de nuevo en mí mismo al Hijo de Dios, he aborrecido su persona, he despreciado su justicia, he profanado su sangre, he ultrajado al Espíritu de gracia; he aquí por qué me considero destituido de toda esperanza, y no me restan sino las amenazas terribles de un juicio cierto y seguro, y la perspectiva de un fuego abrasador, de cuyas llamas he de ser pasto. A este estado me han traído mis pasiones, los placeres e intereses mundanos, en cuyo goce me prometí en otro tiempo muchos deleites, pero que ahora me atormentan y me corroen como un gusano de fuego.

INTÉRPRETE - Pero, ¿no puedes aún al presente volverte a Dios y arrepentirte?

ENJAULADO. - Dios me ha negado el arrepentimiento; en su palabra no encuentro ya estímulo para creer; es el mismo Dios el que me ha encerrado en esta jaula, y todos los hombres del mundo juntos no me podrán sacar de ella. ¡Oh, eternidad, eternidad! ¿Cómo podré yo luchar con la miseria que me espera en la eternidad?

INTÉRPRETE - Cristiano, nunca eches en olvido la miseria de este hombre; que te sirva siempre de escarmiento y de aviso.

CRISTIANO - ¡Terrible es esto! Concédame el Señor su auxilio para velar y ser sobrio, y pedirle que no permita el que yo llegue algún día a ser presa de tamaña miseria. Pero, Señor, ¿no le parece a usted que ya es tiempo de que yo me marche?

INTÉRPRETE - Aún no. Tengo una cosa más que mostrarte.

Y tomándole de la mano lo pasó a una habitación, donde se veía a uno, en el acto de levantarse de la cama, y que, según se iba vistiendo, se estremecía y temblaba. Intérprete no quiso explicar por sí mismo el significado de esto, sino que mandó al que se vestía que la diese, el cual dijo así:

— Esta noche he soñado que tinieblas espantosas se difundían por todo el cielo, al mismo tiempo que se sucedían tales y tan terribles relámpagos y truenos, que me pusieron en la mayor agonía. Vi también que las nubes chocaban violentamente unas contra otras, agitadas por un impetuoso huracán. Vi un hombre, sentado en una nube, acompañado de millares y millares de seres celestiales, todos en llamas de fuego; los cielos parecía que estaban ardiendo como un horno, y al mismo tiempo oí la voz de una terrible trompeta, que decía: "Levantaos, muertos, y venid a juicio"; en el mismo momento vi que las rocas se hendían, se abrieron los sepulcros y salieron los muertos en ellos encerrados, unos levantando muy contentos los ojos al cielo, y otros,

La pérdida del rollo



1. Cristiano tropezaba y caía con frecuencia, y muchas veces trepaba valiéndose de las manos y rodillas, a causa de lo empinado de la cuesta. A la mitad de la subida encontró un agradable banco.



2. Allí Cristiano se sentó, leyó su rollo y examinó cuidadosamente el vestido que le fue dado en el lugar de la cruz. Por fin se durmió.



3. Mientras dormía, el rollo cayó de su mano. Era casi de noche cuando vino uno que le despertó. Cristiano siguió a buen paso hacia la cumbre.



4. Allí dos hombres, Temeroso y Desconfianza, pasaron corriendo. "Mientras más avanzamos," decía Temeroso, "más peligros encontramos" "¡Hay dos leones en el camino!" añadió Desconfianza.



5. Huyeron, pero Cristiano, aunque con miedo, siguió su camino. Ahora buscó su rollo pero no lo encontró. Entonces regresó donde descansó y encontrándolo debajo del banco, pidió perdón a Dios.

El Palacio Hermoso

1. ¡Y con qué ligereza subió el resto de la cuesta! Sin embargo, antes de llegar arriba se puso el sol. "¿Qué haré si los leones me encuentran en la oscuridad?" pensó. "¿Cómo escaparé de sus garras?"



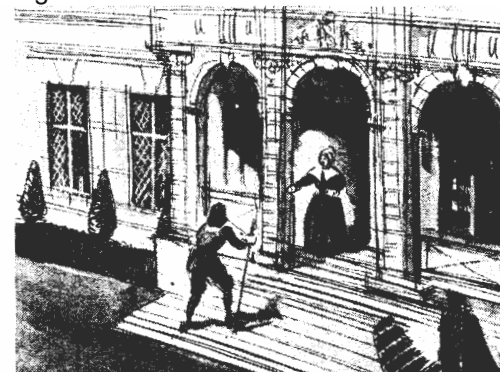
2. Entonces alzó su vista y allí, ante él, se encontraba un palacio cuyo nombre era Hermoso. Estaba a un lado del camino real.



4. Pero Vigilante, el portero, dio voces diciendo: "No le tengas miedo a los leones porque están atados. Están puestos allí para la prueba de la fe." Cristiano tembló al rugido de los leones, pero no le hicieron ningún daño.



3. A unos cien metros del palacio entró en un pasadizo estrecho. Divisó ante él dos leones en el camino, y tuvo miedo de seguir andando.



5. Preguntó si podría pasar allí esa noche. "Esta casa fue edificada para el alivio y seguridad de los peregrinos," le respondió Vigilante; y una seria doncella llamada Discreción abrió la puerta.

avergonzados, buscando esconderse debajo de las montañas. Entonces vi al hombre de la nube abriendo el libro y mandando que todos se aproximasen a él; pero a una respetuosa distancia, cual suele haber entre el juez y los reos que por él van a ser juzgados, pues de la nube salía fuego que no permitía a ninguno acercarse a ella. En seguida oí al hombre de la nube que intimaba a sus servidores: "Recoged la cizaña, la paja y la hojarasca, y arrojadlo todo al lago ardiendo". Y en el mismo instante, precisamente cerca de donde yo me hallaba, se abrió el abismo, de cuya boca salían con horrible ruido nubes espantosas de humo y carbones encendidos. Luego volvió a decir: "Allegad mi trigo en el alfolí"; y entonces muchos fueron arrebatados por las nubes, pero yo quedé donde estaba. En esto yo buscaba dónde esconderme; pero no me era posible, porque los ojos del hombre de la nube estaban fijos en mí; entonces mis pecados se amontonaron en mi memoria y mi conciencia me acusaba por todas partes, y con esto me desperté.

CRISTIANO - Pero, ¿y por qué tanto temor a la vista de todo esto?

HOMBRE. Porque creí que el día del juicio había llegado, y yo no estaba preparado para él; pero más aún: porque al ver a los ángeles recoger a muchos, me dejaron a mí, y precisamente a la boca del abismo; al mismo tiempo mi conciencia me atormentaba, pareciéndome que el Juez tenía en mí fijos sus ojos y su rostro lleno de indignación.

Entonces dijo Intérprete a Cristiano: — ¿Has considerado bien todas estas cosas?

CRISTIANO - Sí, y me infunden temor al par que esperanza.

INTÉRPRETE - Grábalas, pues, en tu memoria, y sean ellas un estímulo para que continúes avanzando en el camino que debes seguir. Marcha ya; el Consolador te acompañe, y sea él siempre el que dirija tus pasos hacia la ciudad.

Cristiano marchó, y por el camino repetía sin cesar estas palabras: —Cosas muy grandes y muy provechosas acabo de ver; al par que terribles, son también para mí de mucho aliento. Quiero pensar siempre en ellas, que no en balde se me han enseñado. Gracias al buen Intérprete, que ha sido tan bondadoso conmigo.

CAPITULO VI

Cristiano llega a la Cruz. Se le cae la carga de sus hombros, es justificado y recibe una investidura y un diploma de adopción en la familia de Dios.

Después, en mi sueño, vi a Cristiano ir por un camino resguardado a uno y otro lado por dos murallas llamadas salvación. Marchaba, sí, con mucha dificultad, por razón de la carga que llevaba en sus espaldas; pero marchaba apresurado y sin detenerse, hasta que lo vi llegar a una montaña, y en cuya cima había una cruz, y un poco más abajo un sepulcro. Al llegar a la cruz, instantáneamente la carga se soltó de sus hombros, y rodando fue a caer en el sepulcro, y ya no la vi más.

¡Cuál no sería entonces la agilidad y el gozo de Cristiano! "¡Bendito Él -le oí exclamar-, que con sus penas me ha dado descanso, y con su muerte me ha dado vida!" Por algunos instantes se quedó como extático mirando y adorando, porque le era muy sorprendente que la vista de la Cruz así hiciese caer su carga; continuó contemplándola, pues, hasta que su corazón rompió en abundantes lágrimas. Llorando estaba, cuando tres Seres resplandecientes se pusieron delante de él, saludándole con la "Paz". Luego, el primero le dijo: Perdonados te son tus pecados. Entonces el segundo le despojó de sus harapos y le vistió de un nuevo ropaje, y el tercero le puso una señal en su frente; le entregó un rollo sellado, el cual debía estudiar en el camino, y entregar a su llegada, a la puerta celestial. Cristiano, al ver todo esto, dio tres altos de alegría, y continuó cantando:

*Vine cargado con la culpa mía
De lejos, sin alivio a mi dolor;
Mas en este lugar, ¡oh, qué alegría!,
Mi solaz y mi dicha comenzó.*

*Aquí cayó mi carga, y su atadura
En este sitio rota, yo sentí.
¡Bendita cruz! ¡Bendita sepultura!
¡Y más bendito quien murió por mí!*

Continuará